

toda la atención que merece. No se puede recordar mucho á los escritores de nuestros días que todos los hombres célebres que adelantaron tanto en todas las especies la gloria del siglo ilustrado que ha precedido al nuestro, fueron hombres religiosos, y muchos tambien exemplares, de una vida irreprehensible, y de una virtud sólida; que no pretendieron que el ingenio, los talentos y la fortuna diesen á nadie el privilegio de tener otra creencia y otros principios que los del pueblo en materia de fe; tambien hablamos de aquellos, cuyos trabajos eran del todo profanos, y de los que se habian dado á materias, cuyo objeto tiene ménos relacion con el estudio de la religion, como á la poesia, al teatro, y á la literatura de gusto y superficialidad; y sin embargo estos se hacian el honor de ser christianos, y de parecerlo, dexando siempre de su boca y de su pluma el lenguaje de la impiedad. Porque quando hablaban de las cosas pertenecientes á la religion, y escribian sobre ellas, era ordinariamente para manifestar su adhesión á los dogmas, y su veneración á lo consagrado por ella. En la sociedad comun, en donde se hallaban mezclados con personas de todos estados, y en las ocasiones particulares que buscaban entre si para verse y divertirse con mas desembarazo, jamas se les oia pronunciar la menor palabra, ni escapárseles la menor expresion que respicase lo que hoy se llama libertad filosófica, y lenguaje de una razon libre de preocupaciones; porque hubieran creído que se envilecian, y que deshonraban la profesion de literatos, si hubiesen empleado medios tan despreciables para distinguirse de los demas hombres. Aun hay mas, entre los buenos ingenios del siglo pasado, que con sus talentos dieron el mayor honor á la nacion, se pueden citar muchos como modelos de regularidad por la exactitud con que observaban todas las prácticas del culto christiano, hasta en los puntos mas comunes y mas molestos. ¡Ah! y quien eran estos literatos de una religion tan escrupulosa? Un Corneille, un Racine, un Despreaux, un Moliere, un La Fontaine despues de su conversion, un La-Rochefoucault, un La-Bruyere &c. que es decir, todos los talentos sublimes, todos los ingenios delicados, y todos los grandes escritores que entónces habia en Francia. No obstante, no desconocian el deísmo con principios que

se dicen demostrados, ni sus pretendidas objeciones indisolubles. Este fruto infeliz de las sectas originadas de la reforma habia pasado ya á los lugares donde habia nacido á la capital del reyno; y algunos literatos del número de aquellos que tenían poco conocimiento de las pruebas del christianismo y de su doctrina, comenzaban á encapricharse de este sistema tan acomodado á las almas indolentes, como á las enervadas por la molición y los placeres. Pero no se atrevían á declararse todavía, ni á dogmatizar públicamente, y mucho ménos se atreverían á disputar con hombres sólidamente instruidos y adheidos sinceramente á las verdades de la fe, como lo estaban la mayor parte de los miembros de que se componian entónces todas las compañías sábias. ¡Cuán trocados están los tiempos desde esta época tan brillante y tan gloriosa para la literatura francesa! Pero ¿de dónde les viene esto, y por qué causas se armaron los ingenios contra una religion de donde la sabiduría humana sacaria tanta gloria; si hubiera sido capaz de delinear su plan, combinar sus principios, y formar su legislación? Es esta una question que no queremos examinar ni resolver por respeto y atención á nuestro siglo, y nos contentamos con llorar los tiempos felices en que el cantor del fascistol, legislador del papnaso frances, el autor de la Fedra y de la Atalia, el del Misantropo y del Hipócrita, el Pintor de los caractéres, y otros escritores de la misma clase, pensaban y hablaban de la religion, como un Burdalue, un Pascal, un Bossuet, y no cesamos de hacer promesas para que vuelvan á renacer.

ARTÍCULO XVI.

Conclusion de esta obra.

¡Lemos llegado en final término de nuestra carrera, y pudiera ser que no hubiéramos entrado en ella si hubiéramos examinado nuestras fuerzās antes de empeñarnos, y hubiéramos considerado con mas atención las dificultades innumerables que hemos hallado en su prosecucion. En efecto, cuántos obstáculos hubo que superar en una empresa tan grande, cuántos escollos que

evitar, cuántas nubes que dispar; y nubes de los tiempos remotos, y hechos oscurecidos por su mucha distancia, nubes de preocupaciones y de pasiones, nubes de ignorancia y de tiempos tenebrosos, nubes del interés y de la parcialidad; Qué de hechos que aclarar y contestar! ¡Cuántas verdades históricas que establecer, unas desnaturalizadas por la mala fe, y otras alteradas por errores involuntarios! En fin, cuántas cuestiones delicadas y profundas que examinar, y para traerlas al estado de claridad y de ajustamiento que no dexen nada que deseñar! Cuántas accesorias que entresacar, cuántos argumentos que comparar, y cuántos sofismas que desenredar! En una multitud de objetos tan variados la atención se cansa, y fatigado el espíritu por la multitud de cosas que se ve obligado á tomar y abrazar á un tiempo, llega sin querer á distraerse, pierde su vigor en los esfuerzos que hace por conservarlas, é involuntariamente dexa escapar algunas de aquellas circunstancias esenciales que tocan en el fondo de los sucesos, y son la llave de ellos.

En una obra de esta naturaleza las mayores y mas peligrosas faltas no son las que caen sobre los hechos puramente históricos. Si la fidelidad en la narracion de estas suertes de hechos y la exactitud en las manifestaciones de las causas que los han producido, y de las consecuencias que tuvieron, son qualidades necesarias; y si es faltar á la obligacion principal de todo escritor el alterar la verdad en la substancia de la narracion, ó en las reflexiones con que ofrece acompañarla; ¿qué tanto mas culpado será el historiador de la religion, si quebranta de propósito las dos primeras leyes de la historia? Al exponer los dogmas y los errores; al referir estos, y circunscribir las pruebas de aquellos; al referir lo que los santos doctores escribieron en defensa de los puntos pertenecientes al depósito sagrado de la fe, y para enseñar á los fieles á huir y á detestar las nuevas doctrinas; al contar los grandes sucesos que influyeron en el estado de la Iglesia, y al delinear el retrato de los hombres célebres por sus virtudes y sus potencias: si se entrega á la preocupacion; si no tiene siempre la balanza igual; si aprueba y condena con el fin de elevar á los unos, y abatir á los otros; y si puede ser convencido de haber to-

mado el pincel de las manos de la envidia y de la sátira: Siglo
su buena fe llega á ser sospechosa, y su obra en opinión XVII.
de los hombres sabios ya no es la historia de la religion, sino la apologia del partido á que se ha arrimado.

Nos atrevemos á creer que nuestro amor y nuestro respeto inviolable por la verdad, y el escrupuloso cuidado que hemos tenido de consultarla á ella sola, y las precauciones que hemos tomado para apartarnos de qualquiera fin y de qualquiera impresion que le fuesen extraños; nos han preservado de los lazos de la preocupacion y de la parcialidad. Pero ¿cuántas faltas de otra naturaleza se nos habran escapado en un trabajo tan largo y tan complicado, las cuales deseariamos sinceramente que se nos diesen á conocer, pero sin pasion y sin acrimonia? Prometemos solemnemente corregir todas aquellas que se nos prueben bastante, si se interesa el público en nuestra obra; que pensamos reimprimir con el tiempo. Pero haciendo esta protesta prevenimos á los que se pusieren á censurarnos, sin mas motivo que el de la diferencia que hallaren entre nuestras opiniones y las suyas, que qualquiera critica sellada con el cuño de la animosidad, del odio y de la envidia personal, y que pareciese dictada por el espíritu de partido, será despreciada por nosotros. Quando se está animado por el interes de la verdad, solo se habla el lenguaje de la razon; por el de la pasion se manifiestan siempre las almas bravas y despreciables. Si la critica es prudente, si se dirige á la utilidad y á la instruccion, motiva sus juicios, y jamas dexa de ser honesta: entónces no se puede testificar mejor el reconocimiento que se le debe que haciendo uso de sus observaciones. Pero suponiendo que no lleva otra mira que la de ofender y deprimir á la obra y al autor; que es dura, mordaz, arrebatada, falsa, y de mala fe, porque es injusta, y su proceder responde á sus motivos; entónces se debe mirar como si no fuera, porque el mostrarse sensible á sus injurias, y perder el tiempo en rechazar sus ataques, seria servir á la pasion de sus autores, y faltar á si mismo.

Suplicamos á nuestros lectores, y á todos los que quisieren juzgarnos, que crean que no nos hemos propuesto escribir una historia eclesiastica voluminosa. Este de-

signio, quando el conocimiento de nuestras fuerzas nos hubiera permitido su execucion, nos hubiera metido en una infinidad de circunstancias que la naturaleza de nuestro plan y el fin de nuestro trabajo debian excluir necesariamente. Lo que hemos emprendido delinear es un quadro del universo y de sus revoluciones en las relaciones que tiene con el estado sucesivo de la religion christiana: es la pintura rápida, pero fiel, de todos los siglos, que comienza en los tiempos de los Apóstoles, y en la predicacion del Evangelio: en una palabra, es el christianismo considerado en su origen, y seguido en sus progresos desde Jesu-christo hasta nuestros dias, que se establece, se extiende, y se perpetúa de edad en edad para gloria de su Divino Autor, y felicidad del género humano. En un asunto tan abundante y fecundo, solo hemos elegido los sucesos mas ruidosos y mas dignos de fixar la atencion en cada época, y los hemos presentado, no con colores propios para excitar y satisfacer la curiosidad, que halla bastante cebo en las historias profanas, sino con caractéres capaces de hacer nacer en los entendimientos sólidos y en los corazones virtuosos los afectos de admiracion y reconocimiento que se deben al Dios Todopoderoso, por quien se mantuvo en el mundo el culto de los christianos. Y así habiendo destinado nuestra obra á la clase de lectores, que con las virtudes de ciudadanos honrados unen las de christianos fieles, no nos hemos detenido en cada objeto sino lo que era menester, para dar á conocer el aprecio de las verdades que se creyeron y enseñaron en todos tiempos. Y en traer á la memoria los trabajos y combates que han costado á la Iglesia por conservar este depósito tan precioso, y en caracterizar con sus lineamientos naturales y distintivos á los hombres perversos, que turbaron la paz de la sociedad religiosa, y las doctrinas funestas que se esforzaron á esparcir; nos hemos propuesto de convencer á los christianos, que siendo la verdad esencialmente saludable y benéfica, toda doctrina que es el manantial de la turbulencia y division en el mundo, corresponde solamente al error.

Si entrase en nuestro plan el reducir, ya la narracion de los hechos, ya las discusiones dogmáticas y sus partes esenciales, si las relaciones circunstanciadas

no debiesen tener lugar en el sino en los casos en que fuesen necesarias, para notar la union de las causas con los efectos; por las mismas razones deberiamos simplificar quanto fuese posible cada articulo, y dexar á parte todas las circunstancias que pudieran impedir la claridad sin aumentar el interes. Pero hemos tenido razones mas fuertes todavia para no admitir ninguna de las anécdotas malignas, ninguna expresion satirica que otros escritores intentaron añadir, ninguna conjetura frívola y temeraria, por las cuales se intenta hallar en los motivos y en las intenciones que solo Dios conoce, cosas con que se oscurezca el resplandor de las mejores acciones. Este alimento de la malignidad, importuno en qualquier parte, aun lo está mas en las obras de la naturaleza de ésta, porque los que se destinan á dar á conocer la religion, pintándola tal qual ella es, sublime en sus dogmas, pura y santa en su moral, no llenan el objeto que se han propuesto, si no la hacen amar. ¿Y qué esperanza pueden tener de inspirar su amor, quando parece que solo se ocupan en desacreditar á los cuerpos y á los particulares que fueron su ornamento? ¿Quando se dedican en todas ocasiones á sembrar sospechas odiosas contra aquellos contra quienes les parece que tienen que quejarse? ¿Y quando todo esto no está fundado sino en preocupaciones muchas veces falsas, y siempre atrevidas, originadas solamente del espíritu de partido? Nada de esto ha intervenido en nuestra obra, y nos gloriamos, aunque á nuestro parecer, no menos es mérito que obligacion de todo escritor respetable, el no ser jamas el órgano del vituperio ni de la sátira.

Diez y siete siglos han pasado desde el nacimiento del christianismo hasta el tiempo que hemos elegido por término: en esta larga cadena de años hemos fixado nuestra atencion sobre un sinnúmero de diferentes objetos, y así no será en vano volver á juntar aqui baxo un mismo punto de vista las reflexiones que resultan de ellos, á fin de impresionarlos mas, y hacerlos mas durables. Un viajero, que recorriendo las tierras y los mares se ha detenido en diferentes pueblos, ha observado los usos y costumbres, examinado las producciones de la naturaleza, y todo lo notable que halló en los diversos cli-

mas, vuelto á su patria, y tranquilo en lo interior de su casa olvida sus fatigas, y se complace quando se acuerda de todas las cosas curiosas é importantes, cuya memoria ha conservado. Á su exemplo vamos nosotros á referir baxo ideas generales y sumarias los objetos mas importantes, acerca de los quales debiera descansar nuestra atencion en el vasto espacio que hemos recorrido. Este resúmen servirá para grabar mas y mas en la memoria de nuestros lectores los principios grandes y sólidos, que son el fruto y últimas resultas de todo el trabajo que hemos emprendido.

Primera idea. Hemos visto el estado en que estaba el universo en el nacimiento del christianismo. En el órden político un solo imperio se habia elevado sobre las ruinas de todos los otros; una sola nacion dominaba á todas las naciones, á las quales habian sujetado sus victorias. En el órden moral brillaban la filosofía, las letras y las artes con mas resplandor que nunca; y sin embargo en medio de todo este poder y de toda esta gloria, reynaba en todo el mundo la mas absurda y grosera idolatría, y estaban indecisas las quèstiones mas importantes, y tratadas como problemas en las sociedades sábias. Lo que una secta de filósofos erigia en principios, lo combatia fuertemente otra secta, y otra tercera sostenia indiferentemente el pro y el contra; sin que ninguna de ellas pretendiese la posesion esclusiva de la verdad, porque ninguna daba suficiente valor á sus dogmas para juzgarse con derecho de exigir que prevaleciesen sobre los dogmas opuestos; ni en todo el universo, ni en solo un pueblo, ni en sola una ciudad. Se disputaba y escribia sobre todo, y si de estas disputas y de estos escritos salia alguna luz, reconcentrada en las escuelas, no se extendia fuera de este estrecho recinto. No estaba el mundo ménos entregado á sus antiguos errores, y nadie sabia á qué atenerse acerca de la existencia y de la naturaleza de Dios, acerca de la espiritualidad y la inmortalidad de las almas, acerca de las recompensas y las penas de la vida futura, acerca del destino del hombre; acerca de la causa de esta mezcla pasmosa de grandeza y de baxeza, de amor á la virtud, y de inclinacion al vicio que se notan en el &c. Que es decir, que el politeísmo, así como es contrario

á la razon, era la religion pública autorizada por pueblos civilizados, como la de las naciones bárbaras; y que la filosofía cultivada por algunas almas privilegiadas, bien léjos de trabajar en aclarar y desengañar á los hombres, creía que su gloria se interesaba en no comunicar al comun las verdades con que se alimentaba en secreto.

II. Hemos visto que los Apóstoles y sus discípulos intentaron lo que los sábios de ningún país habian osado intentar, y que lo han conseguido, haciendo conocer el Dios verdadero, sus atributos, sus designios, sus obras, el plan de su providencia, el fin para el qual dió el sér y la vida á las criaturas racionales, los medios y los socorros que les preparó para conducirlos á este fin, el culto que exige de ellas, las leyes á que ha tenido por conveniente sujetarlas, los dogmas que deben creer, los preceptos que deben observar, los bienes de que serán colmadas las almas justas, y los males que las impías no podrán evitar despues de la corta peregrinacion de esta vida; en fin, á Jesu christo principio de toda verdad, de toda santidad, hijo de Dios en la eternidad, hijo de una Virgen en el tiempo, Dios y Hombre todo junto, enviado á la tierra para purificarla de sus errores y manchas, para dar á los hombres exemplos y lecciones de virtud que no podian recibir sino de él, y para restablecerlos en la dignidad primitiva de su naturaleza, reconciliándolos con Dios y con su propio corazon. Esta doctrina tan nueva, tan saludable y tan superior á todos los conocimientos de la filosofía, ésta, penetrada de su luz, se la abraza con ardor, se mira como un presente del cielo, y se adhieren á ella hasta abandonarlo y sacrificarlo todo por su amor; y en poco tiempo no tienen otra religion que la de Jesu-christo las familias, las ciudades y las naciones, cuya gran revolucion se opera en todo el mundo por solo el ministerio de la palabra, y por la via sola de la persuasion. Principia el christianismo, fundase la Iglesia, y una y otra desde sus primeros dias se presentan con tal caracter de grandeza y de estabilidad, que se diria que eran el fruto de muchos siglos de una existencia pacífica y dichosa. El dogma, la moral, el culto, la enseñanza, la policia, los grados esenciales de la gerarquía, la forma

de los juicios, y la autoridad del tribunal á que pertenecen, las sentencias, todo subsistia como si hubiera subsistido desde las edades mas remotas, todo tenia aquel ayre augusto de antigüedad y de magestad que el tiempo solamente imprime en las instituciones de este género.

III. Hemos visto á todas las potestades conjuradas para destruir el christianismo, edictos sangrientos executados por ministros, que tenian por mérito el añadir tambien á ellos castigos horroresos, cadalsos y hogueras, destinados únicamente para los christianos sacrificados á millares como viles animales, sin tener que echarles en cara mas delito que su fe, su culto y su union; y que á pesar de este furor destructivo con que estaban igualmente animados los principes, los magistrados, los gobernadores de las provincias, los sacerdotes de los idolos, y el pueblo que lleva tan adelante la crueldad quando el falso zelo de la religion le hace obrar, á pesar de esta carnicería que llegaba muchas veces á cansar los verdugos, hemos visto á los adoradores de Jesu christo multiplicarse de un modo tan prodigioso, que desde el siglo II. llenaban las ciudades, las campiñas, los exércitos, y aun los palacios de los Césares. Este hecho era tan público, que los apologistas del christianismo no temian ser desmentidos quando decian á los dueños del mundo: nosotros estamos en todas partes, sino en vuestros templos y en vuestros teatros; nosotros formamos la multitud de vuestros vasallos, y vosotros ya no reynarais sino en ciudades sin moradores, y en provincias desiertas, si hubierais llegado á exterminarnos á todos. Pero habiendo reconocido en fin los enemigos del christianismo por la experiencia de tres siglos que la proscripcion, y los suplicios eran inútiles, tomaron otro medio para sostener el edificio ruinoso de la religion pagana. Este medio fué trabajar en reducir el politeismo á sistema, y mostrar con alegorías que la historia de los dioses, las funciones que se les atribuian, sus misterios, sus fiestas, y generalmente todo aquello de que se componia la creencia popular, no era otra cosa que un velo, detras del qual los poetas, primeros teólogos de las naciones, habian ocultado todas las verdades de la moral. Este proyecto era obra de los filósofos, y para ponerle en execucion em-

plearon quanta erudicion, eloqüencia y sutileza tenian; pero no fueron mas felices en su intentona, y todos los esfuerzos del discurso que hicieron para conciliar el paganismo con la razon, sirvieron para poner en mayor claridad la extravagancia y la absurda teologia que oponian á la doctrina sublime y pura de los christianos. Así que la filosofia no salió de su indiferencia, ni comenzó á tomarse algun cuidado para ilustrar al mundo, sino por un sentimiento de envidia y emulacion contra el christianismo, avergonzada de la preferencia que éste tenia sobre ella. Y el fin de sus trabajos y de su zelo qual fué? Asegurar, y perpetuar un monton de errores monstruosos, atormentándose en quitarles lo mas asqueroso que tienen, y en disponerlos á mucha costa con un exterior ménos horrible.

IV. Hemos visto que despues de los siglos de persecucion vinieron tiempos mas tranquilos y mas dichosos, porque el christianismo proscribio y atormentado de un cabo á otro del imperio, esparcido sin embargo en todos los pueblos del mundo, cesó de tener templos por cavernas, y contó á los emperadores en el número de sus discipulos; y protegido por el poder público, y autorizado por las leyes, llegó bien pronto á ser el mismo una de las leyes del estado; y sin que nada fuese capaz de detener sus progresos, cayeron los idolos en todas partes, y sobre las ruinas de sus altares se levantaron los del verdadero Dios. Los hombres desengañados se avergonzaron de haber estado tanto tiempo adictos á un culto, que era el oprobrio y la deshonra de la razon, y se sometieron los prudentes y sabios y los de talento al yugo de la fe. La causa general del christianismo llegó á ser causa personal: consagróronse los talentos á su defensa, y la mayor parte de las sillas episcopales se ocuparon por obispos de una santidad admirable, y de una profunda sabiduría. Instruidos los fieles por sus discursos eloqüentes, y excitados á la virtud por sus ejemplos, sacaban de sus escritos las armas para combatir, tanto los sofismas del corto número de partidarios que aún quedaban á la idolatría, como las nuevas doctrinas que se habian levantado en el gremio mismo de la Iglesia. Estos dichosos tiempos fueron para la religion christiana tiempos de gloria y prosperidad, al modo que habian sido tiempos de fuerza y fervor los que les habian

precedido desde la predicacion de los Apóstoles hasta la conversion de Constantino, y así corrieron tres siglos sin que se percibiese mudanza muy sensible en el mundo christiano.

V. Hemos visto que hacia el fin del siglo VI, y mas aún á principios del VII, la luz de las ciencias que ya habia perdido mucho de su antiguo resplandor, se fué oscureciendo por grados, habiendo entrado muchísimos pueblos de nombres desconocidos en el imperio, llevándolo todo á fuego y sangre; corrieron unos como torrentes despues de haberlo destruido todo al pasar; otros cansados de saquear y de asesinar se establecieron en las provincias que habian destruido: todos llevaban consigo la ferocidad, el desprecio de las artes, la barbárie y la ignorancia. Godos, Visigodos, Hunnos, Erulos, Vándalos, Francos, Alanos, Borgoneses, todos criados en los combates, y acostumbrados á derramar sangre, no conocian otro derecho que el de la fuerza: terminaban con la espada sus diferencias, y celebraban sus victorias con étnicos groseros: llegaron bien pronto sus costumbres á ser las de todo el occidente, y á envolverse en la mas tenebrosa noche todos los países de que se habian apoderado. Cirlo-Magno, cuyo reynado comenzó en el siglo VIII, y acabó en el IX, de un talento vasto y profundo, entendió volver las letras y las ciencias al nuevo imperio, cuyos cimientos habia echado. Pero este grande hombre vivió en un tiempo en que ya no habia pensamientos elevados, ni emulacion en las almas, ni energia en los caracteres; y así todo lo que hizo para la felicidad del mundo solo sirvió para su propia gloria, y sus results apenas se conocieron en la generacion siguiente. Despues de el todos los establecimientos que le habian costado tantos cuidados, fuéron degenerando, y toda la Europa cubriéndose por mas de seis siglos con las tinieblas de la mas profunda ignorancia.

VI. Hemos visto que durante el largo reynado de la ignorancia y de la barbárie, la historia de todas las naciones es la de sus desgracias y crímenes, colmada de calamidades públicas la anarquía fendal que se siguió. Toda la superficie de la Europa estaba erizada con fuertes y castillos habitados por pequeños tiranos que vivian de rapiñas, y salian á los campos solamente para saquear y

matar, al modo de los saltadores que no salen de sus cuevas, y de las bestias feroces de sus guardias sino para arrojar sobre la presa que no puede defenderse contra la fuerza unida á la crueldad. En medio de esta horrible confusion solamente se oia la voz de la religion, que reclamaba los derechos sagrados de la humanidad, y solamente sus leyes eran todavía respetadas. Ellas protegiéron la inocencia y la debilidad, ellas suspendieron las guerras y los combates por algunos dias de cada semana: ellas sirvieron contra las atrocidades y los latrocinios, privando de los bienes espirituales á los que estaban culpados, y someténdolos á las penas públicas. Y así se puede decir, que si quedó todavía alguna virtud en el mundo, algunas nociones de justicia, algunas ideas de orden, algunos afectos de beneficencia, algunos vestigios de buenas costumbres, y algunos lazos que tuvieron los hombres unidos entre si, y contribuyeron á conservar la sociedad; á la religion solamente es á quien es deudor todo el género humano. Ella fué, pues, en estos tiempos funestos la única bienhechora de los pueblos, el único freno de las pasiones, y el único apoyo de los desgraciados. Aun quando el christianismo no hubiera hecho otro bien, debería ser mirado como el mejor presente del cielo, y el fundamento mas sólido de la tranquilidad pública.

VII. Hemos visto que tambien se debe á la religion la conservacion de todos los monumentos de la antigüedad sagrada y profana. Si las obras maestras del entendimiento humano no perecieron; si todas las obras inmortales que los siglos dorados de Atenas y de Roma produxeron en cada género, fueron transmitidas hasta nuestros dias; si los escritos de los santos padres, y manuales abundantes de luz y de uncion, sirven todavía para confundir el error, y alimentar la piedad; en fin, si todo lo excelente que el ingenio, el gusto y la razon, purificados por la fe han producido, y ahora lo poseemos; á la religion y á sus ministros es á quien el mundo sábio debe testificar su reconocimiento, porque en los asilos de la piedad se hallaban las pocas luces que habia entonces. Si se hacian algunos estudios, si se enseñaban algunas partes de las ciencias, y si se copiaban algunos libros, todo esto era en las catedrales y mo-

Siglo
XVII.

nasterios: de ellos se sacaron los manuscritos que sirvieron para preparar todas las buenas ediciones con que hoy se entriquecen nuestras bibliotecas: en ellos se conservó la semilla preciosa de conocimientos de toda especie, en medio de las ruinas y escenas espantosas que desolaban la tierra; para desenvolverse y fecundarse en tiempos mas felices. Habrá habido quizá eclesiásticos muy avaros, que se aprovecharon de la ventaja que les daba la superioridad de luces sobre los demas hombres para aumentar las posesiones territoriales, y los derechos lucrativos de sus iglesias: acaso una parte de las riquezas actuales de las grandes sillas, y de los antiguos monasterios vienen en parte de este principio. ¿Pero qué eran entónces estas tierras cubiertas ahora de poblaciones y sembrados? Desiertos sin moradores, y selvas inmensas llenas de bestias feroces, ó de saltadores aun mas temibles que éstas, las quales si cultivadas con el trabajo de los monges que las recibieron de mano de la piedad, y fertilizadas con su sudor, excitaban la envidia, es porque no se quiere recordar lo que eran ántes que les perteneciese á ellos, ni pensar que aun al presente por su abundancia y fertilidad son todavía mas riqueza del estado, que de las casas que las poseen.

VIII. Hemos visto la heregia y el cisma desde el primer tiempo de la sociedad christiana despedazar el corazón de la Iglesia; á una multitud de sectas diferentes, enseñar nuevos dogmas, llevar la turbacion al santuario, y hacerse fanáticas, porque el error jamas puede estar en calma y en paz como la verdad; y comunicar sus furores á ciudades y naciones enteras. La vana curiosidad del entendimiento humano, el orgullo de la razon, el deseo desenfrenado de la celebridad, la mezcla mal entendida de ideas filosóficas con las nociones de la fe, y otras cosas como estas, fueron las causas principales de todos los errores. La vanidad, la pasion de dominar á los otros, el amor de la independencia, la hipocresía, el artificio, el zelo falso, el atractivo seductor de la novedad siempre fueron los medios con que se perpetuaron. Pero todas las sectas enemigas de la Iglesia, obscuras ó numerosas, reducidas á un corto espacio, ó muy esparcidas, absurdas ó consiguientes en sus dogmas, austeras ó corrompidas en su moral, fueron

Siglo
XVII.

desapareciendo una tras de otra, heridas del anatema por esta Iglesia, cuya autoridad se vanagloriaban de insultar; y si algunas perpetuaron su existencia mas largo tiempo que las otras, la data puntual de su origen, que todo el mundo sabe, y la soledad en que viven, sin union entre sí, ni con el manantial de donde salieron estos débiles arroyos; los nombres mismos que tienen de arrianos, nestorianos, eutiquianos; monotelitas &c. los acusan á vista del universo, y muestran la justicia del decreto que los ha proscrito.

IX. Hemos visto á la Iglesia católica en medio de estos violentos vayvenes, adherida siempre á unos mismos dogmas, siempre firme en la confesion y enseñanza de unas mismas verdades, siempre atenta á desechar las doctrinas extrañas, sin haber mudado ni variado jamas de fe, de lenguaje, de predicacion, tal hoy dia en su creencia, como lo era en tiempo de los apóstoles, del mismo modo en tiempo de los apóstoles como ella, cree y habla, como ha creído y hablado en todas las edades. La teologia que se enseña y aprende todavía en sus escuelas, es la teologia de sus primeros doctores: lo que ellos escribieron hace cerca de diez y ocho siglos, se entiende y gusta como si acabáran de escribirlo: la palabra de Dios consignada en los libros santos y en la tradicion, es todavía como lo fué siempre, la regla inmutable de la fe: la Iglesia, guarda fiel de este depósito divino, no ha tolerado jamas que osasen alterarle las manos de los impios: de este manantial incorruptible es de donde saca sus oráculos. Las sentencias que pronuncia contra el error no son nuevos dogmas ni objetos nuevos de fe; sino simples declaraciones de que profesa tal doctrina al tiempo en que publica su decision; porque no ha discontinuado en confesarla desde que Jesu christo y los apóstoles la fundaron con sus trabajos, y cimentaron con su sangre. Unida á su cabeza por la sucesion de sus pastores, revestida de la autoridad que ha recibido de él; y exercer por medio de ellos para enseñar la verdad; y condenar el error; asegurada en las promesas divinas de no poder jamas abandonar aquella, ni aprobar éste; visible en todos los momentos, porque en todos los momentos es menester saber dónde está, y que se puede reunir al rededor de ella; infalible en sus juicios en materia de

doctrina; hora se junten los pastores para acordar sus decisiones, hora esté cada uno en su silla, porque la autoridad del Tribunal erigido para conocer de las causas de la fe, no debe depender de lugares ni de circunstancias; esparcida en todos los lugares, conocida y distinguida de todas las sectas antiguas y modernas por su nombre, por su esplendor y por sus caracteres, no hay parte alguna sobre la tierra adonde no haya penetrado su luz, en donde no se haya oído su voz, y por mejor decir, no hay pueblo ni hombre, por ignorante que sea, aun en los países separados de ella por la heregia y por el cisma, que la confunda con las demas sociedades christianas.

X. Hemos visto en algunas épocas á los pueblos, tanto en el Oriente, como en el Occidente, armados los unos contra los otros por fanatismo; á los ciudadanos tratarse como enemigos; á los reyes y grandes del estado ponerse á la frente de una mitad de sus vasallos para destruir la otra, y correr arroyos de sangre christiana por debaxo de la espada de christianos encarnizados en destruirse reciprocamente. Hemos llorado los tiempos funestos que nos ofrecieron este horroroso espectáculo, y quisiéramos que las leyes de la historia no nos permitiesen volver los ojos á ellos; pero equitativos en nuestros juicios, y así como fieles en nuestras narraciones, nos hemos guardado bien de atribuir tantos horrores á una religion que solo exhorta é inspira á los hombres la dulzura, la paz, la concordia, la humanidad, el amor reciproco. Hemos mostrado la causa de estas guerras, tan falsamente llamadas santas por la ignorancia y las preocupaciones de los siglos en que se encendieron, por las pasiones y excesos, cuyos impulsos fatales sigue muy facilmente el corazon humano en aquellos furoros epidémicos, que se apoderan algunas veces de las mas sábias naciones, y del caracter mas dulce, furoros con que nadie puede reconvenirse á sí mismo, quando se abandona á ellos, y quisiera borrar su memoria con lágrimas quando él furioso vuelve sobre sí mismo; en fin, en la ambicion, en la politica y en el interes personal de aquellos que las encendieron ó mantuvieron. Hubiéramos podido tambien, consultando la historia de los tiempos mas ilustrados, hallar iguales excesos, y aun mayores en los pueblos célebres por la sabiduria de

su gobierno, y por la politica de sus costumbres que no fueron christianas. Por lo demas hágansen ver una ley de la Iglesia; una ley pública aprobada y autorizada en la Iglesia; y que ordene á los christianos combatir y degollarse unos á otros por causas de religion. Conveniríamos en que sería menester acusarla de todos los males que causó el fanatismo; y es cierto sin embargo que la Iglesia católica es intolerante esencialmente, porque dexaria de ser la guarda y custodia de la verdad si pudiera conciliarse con el error. Pero su intolerancia no tiene por objeto sino los dogmas falsos, y respecto de los que se obstinan en sostenerlos despues que los proscribió, se contenta con apartarlos de su comunión, y abandonarlos á su sentido-reprobo: á los principes toca ver si importa á la quietud y á la tranquilidad del estado el tolerar á los que no se conforman, ó desterrarlos como insociables.

XI. Hemos visto con un vivo sentimiento á las pasiones humanas penetrar hasta el santuario, la ambicion, la avaricia, el interes y aficiones aun mas vergonzas, encenderse en el alma de los pastores, y al vicio mismo sentado en la silla apostólica, affigir tanto mas sensiblemente la religion, quanto el escándalo se atrevia á descubrirse en un lugar mas santo y mas elevado, habríamos querido poder echar el velo sobre objetos tan tristes. Pero al mismo tiempo hemos advertido que estos pastores, estos pontífices tan poco dignos del puesto sablime á que Dios por los impenetrables designios de su justicia habia permitido que fuesen elevados, no ordenaron jamas cosa ni la desfiguraron en nombre de la Iglesia que fuese contraria á su sana doctrina tocante al dogma y á la moral: si algunos faltaron al zelo y á la fortaleza, si otros mancharon el trono pontificio con flaquezas, y aun con crímenes, que no se perdonarian á los simples fieles; y en fin, si otros tuvieron opiniones particulares acerca de algunos puntos de fe, no se probata jamas que en sus mayores extravios ninguno de ellos haya tenido la temeridad de pretender que obraba y hablaba como cabeza de la Iglesia. Al contrario hemos mostrado, que ésta conducida por el Espíritu de Dios, que es el espíritu de justicia y de pureza, ha condenado su conducta, y aun ha llevado alguna vez la severidad hasta infamar su memoria.

XII. Hemos visto que el christianismo se estableció sobre dos fundamentos permanentes, la autoridad de la palabra divina, y la de los enviados que Dios habia elegido para anunciarla á los hombres. Los medios con que se conservó y perpetuó de siglo en siglo hasta nuestros dias, son de la misma naturaleza, y reúnen los mismos beneficios. La palabra de Dios es siempre regla, y asegura nuestra fe; y confiada en la vigilancia de la Iglesia, ella es quien nos enseña á conocerla, y quien nos manda escucharla. La palabra de Dios nos dice cuáles son las señales de la Iglesia, depositaria de la verdad, y por ellas sabemos á quién debemos acudir para ser instruidos en todo lo que es necesario creer. La Iglesia nos dice despues lo que la palabra de Dios encierra, y el modo con que debemos oirla, prestándose la una á la otra un apoyo reciproco. Quitemos á la Iglesia la palabra de Dios, y reduciremos la doctrina enseñada de ella, á no ser mas que una doctrina puramente humana; separemos al contrario la palabra divina de la autoridad que la Iglesia ha recibido para fixar el sentido de ella, y para interpretarla; y no hallaremos sino incertidumbre, obscuridad y tinieblas impenetrables en los libros santos. Todos los hereges de los primeros y últimos tiempos, que sacudieron el yugo de la Iglesia, y se hicieron por sí mismos jueces de la palabra de Dios, reconocieron por su propia experiencia, que se extravian, y caen á cada paso quando se meten sin guia y sin regla en la interpretacion de la Escritura. Despues de haber experimentado la insuficiencia, y el peligro en el modo de examinar, tornaron al camino de la autoridad que habian despreciado, y acabaron atribuyéndose á sí mismos un poder que habian negado á la Iglesia, olvidándose de que el uso que ella hace de él para conservar la fe en su pureza primitiva, prescribiendo todos los errores, habia sido la causa ó el pretexto de su separacion. Pero la senda que ellos habian pisado quedó abierta: y quantos espiritus tan temerarios como ellos se empeñaron en seguir sus pasos! Una multitud de hombres osados, con el nombre de filósofos, despues de haber atacado todos los dogmas del christianismo, se esforzaron á desquiciar todas las máximas en que descansa el edificio de la sociedad, todas las verdades, que son la esperanza y el consuelo de los

Siglo
XVII.

hombres; es decir, que despues de haber abierto su boca contra el cielo, su lengua se ha vuelto contra la tierra. Negaron la divinidad de la religion christiana; la de Jesu-christo, la inspiracion de las Escrituras, la posibilidad de las profecias y milagros, la espiritalidad de las almas, y su inmortalidad, la certidumbre de la vida futura, y otras mil cosas. Despues aniquilaron los dogmas de la religion natural, de que se decian los apóstoles, y por una consecuencia inevitable de su sistema llegaron hasta predicar sin rebazo el ateismo, y á llamarse á sí mismos los bienhechores del género humano; y los enemigos de la supersticion, por haber hecho á los hombres estos importantes servicios. De la supersticion, como si no fuera frecuente el encontrar filósofos mas supersticiosos que los hombres mas ignorantes é incrédulos, que lleven la credulidad mas adelante que el vulgo. ¿Olvidáronse acaso que el sábio Aurelio autorizó todas las supersticiones gentlicas que Juliano, aquel héroe de la filosofia en materia de supersticion, fué el mas débil de todos los hombres; y que Simmaco, prefecto de Roma, célebre por su erudicion y talento, solicitó con mucha diligencia con Teodosio el Grande el restablecimiento del altar de la Victoria, erigido por la supersticion á fines del siglo IV., tiempo en que el christianismo estaba en todo su esplendor?

Lloremos á los que se resisten á la luz, y prefieren opiniones sin autoridad á los juicios de un tribunal que se funda en la constitucion del christianismo, y no puede engañarse, á ménos que el mismo Dios no sea cómplice del error, ó que Jesu-christo no se haya engañado el primero, prometiendo á la Iglesia lo que no podia darle. Pero lloremos aún con mas razon á los que mas quieren tragarse todos los absurdos, admitir misterios sin caucion, y envilecerse hasta ahogar el grito de la razon y el de la naturaleza, mas bien que someterse al yugo de la fe, que el mismo Dios les presenta. Ellos son nuestros hermanos, nuestros conciudadanos, y debemos desear que renunciando á sus preocupaciones, y profesando las mismas verdades y el mismo culto que nosotros, tengan parte en las mismas esperanzas. Se puede trabajar en persuadirlos con obras sólidas y luminosas; pero el medio mas sólido de atraerlos á los altares de Jesu christo

Siglo XVII. es el de hacerles ver en nuestras costumbres todas las verdades, cuyo precepto y exemplo nos ha dado el divino Legislador de los christianos; y quando disputemos y escribamos contra ellos, no sea nuestro zelo jamas duro ni amargo; ni en la defensa de la religion separemos jamas el amor de la paz del amor de la verdad. Quiera Dios que estos dos afectos tan conformes al espíritu del christianismo, esten siempre unidos en nuestros corazones, y que éste sea el fruto y remate final de esta obra.

Veritatem tantum et pacem diligite. Zach. cap. 5. v. 19.

CRONOLOGÍA DE LOS CONCILIOS.

SIGLO XVII.

- Avenionense**, de Aviñon, acerca de la disciplina. Afios de
1606.
- Mechliniense**, de Malinas, por Matias, arzobispo de esta ciudad, con seis sufragáneos. Contiene muchos reglamentos de disciplina, incluidos en veinte y seis títulos, y semejantes á los de los Concilios precedentes. 1607.
- Narbonense**, de Narbona, por Luis de Vervins, arzobispo de esta ciudad, con sus sufragáneos. Se publicaron en él quarenta y ocho capitulos de reglamentos acerca de la disciplina, y muchas veces repetidos en los Concilios precedentes. 1609.
- Grinnicense**, de Grasse, cuyo objeto fué el mismo que el de los precedentes. 1610.
- Senonense**, Concilio provincial de Sens, y se tuvo en Paris en 13 de marzo de 1612, por el cardenal de Perron, arzobispo de Sens. Se condenó en él un tratado de la potestad eclesiástica y política, compuesto por Edmondo Richer, síndico de la facultad de teologia de Paris. 1612.
- Aquense**, de Aix, en la Provenza, tenido el mismo año que el anterior contra el libro de Richer. 1612.
- Mesopotamiense**, de Mesopotamia por Elias, patriarca de Babilonia, para recibir la profesion de fe de Paulo V. 1612.
- Burdigalense**, de Burdeos, en el mes de septiembre, por el cardenal de Sourdis, con sus sufragáneos, en que se publicó un gran número de cánones incluidos en veinte y dos capitulos. 1631.
- Narbonense**, de Narbona, acerca de la disciplina. 1635.
- Constantinopolitano**, de Constantinopla por Cirilo de Berea, patriarca de esta ciudad, contra Cirilo Lucar, su predecesor en esta silla, que enseñaba los errores de los calvinistas. Partenio, sucesor de Cirilo de Berea, juntó en la misma ciudad otro Concilio en el mes de mayo de 1643, que confirmó la condena de Cirilo Lucar. 1638.